

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL FORUM OPHTALMOLOGICUM CENTENARI

ANTONIO PIÑERO CARVION

Madrid, España

*Excelentísima Sra. viceministra de salud
Excelentísimos Srs.: presidente del Instituto Barraquer de América y director ejecutivo del Forum Centenari, Dres. José Ignacio Barraquer y Francisco Barraquer
Excelentísimo Sr. Invitado de honor Dr. Castroviejo
Profesores invitados: Dr. Joaquín Barraquer y Dr. Paul Bregat; compañeros Señoras y señores.*

Todavía conservo en mis ojos, Sra. viceministra, las emocionantes imágenes que contemplé hace unos meses, en aquel memorable acto en que delante del rey de España y de manos de su heredero, el presidente Betancur recibió el Premio Príncipe de Asturias; y en mis oídos las palabras que en hermosa lengua española pronunció. Premio a su trabajo por la paz y palabras de amor entrañable a nuestro mundo hispano.

Muchos rostros españoles que veíamos aquel acto sentimos nuestros ojos empañados por la grandeza del momento y por el claro, armónico y clásico lenguaje que brotó de sus labios. Ese lenguaje que en el corazón de vuestros libertadores americanos y de sus pueblos juveniles obró el milagro de que vuestra independencia no fuera una amputación, sino un adiós, y una filial despedida.

La presencia en este acto de la Sra. viceministra representando al jefe del Estado, aumenta en mí la certeza de mis pobres merecimientos para que se me haya otorgado el honor de presidente de este Forum Oftalmológico, que se celebra en las fechas en las que aquel inolvidable prócer, Ignacio Barraquer y Barraquer, cumpliría cien años.

ANTONIO PIÑERO CARVION

Venir aquí a Colombia, nación hija y hermana de España, grande por sus letras y su historia, parte destacada de esta comunidad hispánica, que en palabras del rey Juan Carlos puede aspirar a ser protagonista del futuro de la humanidad, venir aquí yo, hoy ante vosotros, un modesto profesor español de la Universidad de Sevilla, de aquella Sevilla que fue muchos años, puerto y archivo, lonja y sede, camino y brújula, depósito y celosa guardadora de tesoros escritos de aquellos primeros siglos de transferencia a esta joven tierra americana, del lenguaje, la religión y la cultura; venir aquí a presidiros de honor, me abruma y me llena de rubor.

Yo estoy seguro que el Instituto Barraquer de América podía haber escogido otra persona con un bagaje científico mayor y de más peso, pero también estoy firmemente dispuesto a defender el primer lugar en la vanguardia de este ejército de hombres, que ofrendan el cariño, el respeto y la admiración a la memoria y el recuerdo de D. Ignacio Barraquer a quien en este acto solemne, rendimos homenaje.

Y en mis palabras quiero exaltar su calidad humana, su personalidad profesional y científica y su profunda huella como maestro. Otros han escrito y hablado mejor que yo pudiera hacerlo, sobre muchos detalles singulares y emocionantes de su vida y de sus aficiones.

¿Qué era D. Ignacio como hombre? Su gran vocación de larga andadura y su enorme legado. Con vocación, porque tenía amor a su trabajo; de mente y artesanía, de entrega y de entusiasmo, de constante inconformidad y espíritu de renovación; creador sin interrupción de su obra, edifica y construye el "SANCTA SANCTORUM" de su clínica y su Instituto.

Como hombre de plenitud vocacional, día a día, se resiste a la extinción porque los hombres como él, no mueren nunca, no ya en la noble y esperanzadora ilusión del creyente, sino en el sentido de su huella terrenal.

D. Ignacio recorre un largo camino, que va haciéndolo al andar, como decía Machado: si encuentra asperezas o zarzas, las aparta de su mano suave y sigue. El ha escogido un trabajo noble, sobre el sentido humano más alto, el que más nos acerca a la divinidad de su autor, y cuando en la cirugía maneja los pequeños instrumentos, tantos por él ideados, que cortan los tejidos oculares con sus largos dedos finos, sabe que maneja una preciada joya y del propio trabajo de artista le nacen improntas e ideas para mejorarlo; siente el goce y el recreo de su obra y eso le hace pleno en su realización humana.

PALABRAS DE INAUGURACION

Uno de los grandes pecados del mundo moderno es que hay muchos descontentos de su trabajo; ese íntimo maridaje entre el hombre y su labor, se transforma cuando es armónico y entusiasta casi en una oración; convirtiendo el oficio en criatura y de esa pareja bien avenida, nacen fecundamente, nuevas ideas, nuevos procederes que mejoran la técnica, convirtiéndose en una labor de creación.

A pesar de su larga vivencia entre nosotros, nunca fue viejo D. Ignacio. ¿Y saben por qué? porque conservó la curiosidad en vela perpetua; porque supo ensartar los años maduros con el inicio de la declinación y es que la edad de los hombres se mide por su curiosidad. Cada día que amanecía para él era una renovación del afán de vivir y esto le alejó siempre de la decrepitud.

Hombre perspicaz, con extraordinarias dotes de observador; el hombre inteligente, y él lo era sumamente, es el que sabe en cada momento lo que puede y debe hacer, porque tiene un exacto conocimiento de sí mismo y de las circunstancias que le rodean, y lo que hace, lo hace bien, seriamente, buscando la perfección posible.

Hombre en verdad excepcional, cuyas cualidades se afinan en la lejanía del tiempo; así sobrevive la obra de su talento, por eso no ingresará nunca en el olvido, que es la morada de los demás.

Admiramos en él también sus dotes de organizador; las tenía en altísimo grado. La ciencia tiene que esperar cada vez menos de los grandes genios y mucho más en cambio de este tipo de hombres capaces, de transformar a los que le rodean en útiles equipos conjuntados. Y lo supo hacer y lo legó a sus hijos.

Y ¿qué decir de D. Ignacio como profesional y científico? D. Ignacio tuvo en su padre, su precursor. Sin José Antonio Barraquer Roviralta, primer catedrático de oftalmología de Barcelona, no se hubiera fraguado su extraordinaria personalidad: fue el fundador de la dinastía, maestro excepcional dotado del don de la sencillez y de la claridad expositiva, creó la escuela y la continuidad. La mejor ejecutoria de una obra es tener antecesores, que la tradición les da nobleza y poderosos cimientos.

Fue profesionalmente Ignacio Barraquer, un triunfador, pero supo disimular el clamor de su éxito; podíamos decir que supo pedir perdón por haber vencido.

No era un simple ejecutor de las técnicas, sino que sabía juzgar los problemas clínicos, con espíritu científico, ahondando en la génesis de los síntomas y en la trascendencia patológica de cada caso.

El mucho saber, no le estorbó para ser abierto, humano, sin caer en la vanidad que borra y enturbia la verdadera sabiduría. Eran muchas las aptitudes excepcionales que le adornaban, pero sobre todo la disciplina de su voluntad; era un verdadero aristócrata, no por el fácil fuero de herencia, sino por esforzado, por la intención conseguida de servir al prójimo con su dedicación y trabajo.

Era también un hombre de ciencia porque no se limitaba a observar sino a interpretar lo que veía; ver, no es sólo mirar, es pensar, deducir, dar significado a lo que se ve.

Por eso tuvo invención, creando y perfeccionando instrumentos originales, porque, convergen en él, la artesanía y la ciencia en un tronco común.

Sus manos, sus ojos y su cerebro, "MANU QUA IN OCULO QUO" que decía el lema de las viejas escuelas de cirugía. Las manos de D. Ignacio, tocando toda una larga vida (con sus finos dedos) una armónica melodía que vuelve la luz.

Sus ojos, su mirada enfrentándose a otros ojos enfermos, llena de esperanza, y su cerebro, su mente, ideando el proceder justo y exacto, que aplicado a la refinadísima técnica, redime a los ojos enfermos de la definitiva sombra y del dolor.

Por eso alcanzó el éxito; y lo alcanzó joven y con el éxito a costas siguió peleando con el mismo ardor hasta el final; que la victoria no le dio derecho a detenerse: D. Ignacio fue un hombre moderno en el sentido vital y dinámico de la palabra, y el hombre moderno cualquiera que sea la época en que ha vivido, no descansa nunca, es un vivo motor con la mirada tendida siempre hacia el futuro, que desborda los límites de su existencia terrena.

Fue, en fin, profesional y científicamente un médico auténtico. ¡Qué ejemplo para las generaciones actuales! su trato suave y cálido al enfermo, la madurez de la indicación quirúrgica, mucho más difícil que el propio hacer del cirujano y hasta el mando sobre los colaboradores y discípulos, ejercido con suavidad y firmeza al mismo tiempo, que invitaba a la fácil obediencia y estimulaba al trabajo.

Y D. Ignacio como maestro. Excepcional magisterio el suyo. Había algo imponderable y como magnético en la simple visión y existencia a su lado: bien lo saben sus discípulos; tenía la vivencia del hombre de excepción y por eso su

PALABRAS DE INAUGURACION

magisterio no se limitó a su obra. Enseñó también la larga trayectoria fecunda de su ejemplar vida laboriosa.

Muchos van malgastando la vida a medida que Dios se la va dando; otros aspiran en la vejez a una jubilación liberada de servidumbres, que muchas veces es un mito donde, como decía Marañón, la muerte hace su gran cosecha. Los maestros como él, enseñan hasta el final, depurando su saber, sin que mengüe el entusiasmo.

Conociendo sus hijos y discípulos nos damos cuenta claramente, de lo que puede influir en la vida de un hombre, la huella enérgica de un buen maestro, y es que esta clase de hombres dotados singularmente de condiciones geniales propenden sin saberlo a la formación de imitadores, gentes que toman la forma y el estilo del maestro como la cera del molde, perdiendo la suya, pero no haciendo una mera y simple copia, sino un hombre nuevo en el que tan solo sobre el original humano se adivina el trazo genial de la mano del maestro.

El discípulo genuino copia las cosas y los modos del maestro, y éste se deja renovar por ellos, se recrea en ellos, es decir se vuelve a crear. D. Ignacio se creó como padre y maestro en los hijos de su carne, ahora felizmente entre nosotros, convertidos en maestros de otras generaciones.

Por mi boca hablan hoy muchos oftalmólogos: si no fuera portavoz de ellos, mi presencia aquí tendría difícil explicación, pues bien menguadas son las dotes del que os habla; pero aún así puedo en este acto traer la voz de todos ellos, como aquella imagen del soldado anónimo que como lleva la bandera arrastra tras de sí el clamor de los que le velan pasar.

Y fue un buen maestro porque abrió generosamente las puertas de su saber, no para presumir de él, sino para compartirlo. ¡Cuántos rostros de todas las razas hemos visto tras la cristalera de ese quirófono!, urna que guarda el equilibrio, el bien hacer, la mano diestra y segura, devolviendo luz a los que la han perdido.

Qué lejos está del verdadero maestro el médico introvertido y estéril que con aire presumido de profesor pedante, guarda con avaricia el truco, temeroso de que otros se apoderen de él.

No voy a decir ahora todas las aportaciones que a la oftalmología hizo D. Ignacio; instrumentos, técnicas, inventivas, conocidos de todos los que me escuchan. Desde aquella Facoerisis de 1917 que le hizo famoso en el mundo; en

ANTONIO PIÑERO CARVION

su madurez la construcción de su clínica y de su Instituto, hoy a este lado del mar en su hijo José.

Dios le dio alcanzar la novena década de su vida, y supo llenarla. Y supo en los últimos años adaptarse a ellos, que no quiere decir renunciación ni esterilidad. Sí, fue anciano pero fecundo, y en estos últimos años encontró horas serenas y nobles de su existencia.

El fue una de esas individualidades científicas que tenía la medicina de entonces, de la época de su madurez, y que hoy añoramos. Epoca de humana fraternidad, de espíritu de convivencia, que forjaba maestros de verdad y no fríos técnicos; comprendemos que la modernidad y el avance quizás exijan otro tipo de figuras, pero añoramos aquellos que nos causaban una enorme admiración y respeto. Nos ocurre como cuando en nuestra vieja y secular ciudad de Sevilla, derriban un bello rincón de una angosta y deliciosa calle, para erigir en su solar un frío y funcional bloque vertical.

Y en su largo trayecto le acompañó la mujer. En este elogio nacido del alma, quiero cantar también a esa figura gigante, a esa sombra permanente de paz y de equilibrio que ha sido en la vida de D. Ignacio, su mujer, felizmente acompañándonos hoy. Que gran mujer doña Pepita. Eslabón de la cadena creadora junto al hombre. Mujer y madre que llenó los espacios vacíos de aquella casa, ejerciendo con su sola presencia un mágico poder de consuelo vital. Imagino en las horas cansadas de D. Ignacio, el poder maravilloso de la mano de su mujer sobre la frente, Marta y María al mismo tiempo, el quehacer doméstico y puntual por un lado y el consejo, el aliento y la serenidad por el otro. Por eso ahora rindo en nombre de todos, mi admiración, mi fervor y mi devoción a esa mujer insigne, regia y dulce al mismo tiempo, singular esposa y tronco de tres generaciones ahora, a quien con el corazón en la mano ofrecemos nuestro cariño.

A los cien años de su nacimiento estamos aquí hoy; y entre los presentes hombres y mujeres, sangre de su sangre, continuadores de su obra, seguidores fieles de su arte de cirujano y de su condición humana.

José Ignacio, Joaquín, Carmen, Francisco, Elena, Rafael, se os ha ido traspasando una luminosa antorcha, que ya tomo D. Ignacio del fundador, seguir manteniendo la llama viva de las virtudes de aquel hombre, que hoy sería centenario si estuviera entre nosotros, pero que estamos seguros porque creemos en la esperanza, que de algún misterioso modo está ahora escuchándonos, y si él

PALABRAS DE INAUGURACION

podiera hablarnos, yo sé que podría repetir aquellas estrofas del poeta español de la noble tierra extremeña:

*Quiero vivir, quiero vivir
A Dios voy y a Dios no se va muriendo*

*Se va al oriente subiendo
Por la breve noche de hoy
De luz y de sombras soy
Y quiero darme a las dos
Quiero dejar de mí en pos
Santa y robusta semilla
De lo que tuve de arcilla
De lo que tuve de Dios,*

He dicho.